

Reseñas

Transiciones desde un gobierno autoritario, Abraham F. Lowenthal, pról., Paidós, Buenos Aires, 1988-89, 4 vols. (Biblioteca Estado y Sociedad). Contenido: vol. 1. *Europa meridional*; vol. 2. *América Latina*; vol. 3. *Perspectivas comparadas*, Guillermo O'Donell, Philippe C. Schmitter, Laurence Whitehead; vol. 4. *Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*, Guillermo O'Donell, Philippe C. Schmitter.

Abordar los cuatro volúmenes resultantes del Programa Latinoamericano del Centro Woodrow Wilson en su proyecto denominado "Los periodos de transición y posteriores a los gobiernos autoritarios: perspectivas para la democracia en América Latina y Europa meridional" supone un esfuerzo.

Atractivos, de lectura imprescindible, constelados de observaciones agudas, tienden claramente a la politología comparada al presentar en los dos primeros volúmenes una selección de casos de autoritarismos recientes, y no tanto, que lograron salidas hacia formas que el Programa tiende a llamar de "democracias políticas". En el volumen primero se analizan las transiciones generadas en Europa meridional (Italia, Grecia, Portugal, España y Turquía), y en el segundo los casos latinoamericanos de Argentina, Bolivia, Brasil, México, Perú, Uruguay y Venezuela.

Por razones de edición los articulistas mantuvieron un corte de análisis; en el caso de Chile se aborda la génesis, aún

muy lejana (en 1984), hacia un retorno institucional. Las evoluciones de Uruguay y Turquía llevaron a incluir estos países en un estadio posterior del proyecto.

El volumen tercero —dedicado a las perspectivas comparadas— contiene monografías que abordan, desde distintos ángulos, las problemáticas del tránsito.

En el volumen cuarto se exponen las enseñanzas extraídas de esta intensa experiencia de colaboración que logró el proyecto. Puede decirse, en el marco de esta presentación general, que junto a los compiladores (O'Donnell, Schmitter y Whitehead) participó un destacado grupo de especialistas en estos temas y sólo por mencionar algunos cabe destacar a Marcelo Cavarozzi, Antonio Garretón, Alfred Stepan, Robert Kaufman, Fernando H. Cardoso, Alain Rouquié, Gian Franco Pasquino, J. M. Maraval, J. Santamaría, y Nikiforos Diamandouros.

El Centro Internacional Woodrow Wilson, según se aclara en el prefacio, tuvo la capacidad de reunir —apoyado financiera y logísticamente por otras instituciones estadounidenses y europeas— a este selecto equipo académico que trabajó la temática de forma individual y conjunta, ya que los artículos que conforman los volúmenes fueron, en todos los casos, sometidos a debate en diferentes instancias académicas.

El prologuista, Abraham Lowenthal, secretario del Programa hasta 1983, cumple la función de presentar el trabajo en un tono de agresividad intelectual



que evidencia los logros “renovadores” en las ciencias sociales de la “década perdida”. Si bien se hace énfasis en el pluralismo ideológico y las diversas nacionalidades de los participantes, ya han quedado atrás las evocaciones a la “objetividad” y a la “libertad de creación intelectual”.

La orientación del Programa nunca fue neutral en materia de valores: “...abogó por un vigoroso intercambio entre individuos que discrepan sobre muchas cosas, pero que fundamentalmente respetan la actividad académica y *adhieren a los valores esenciales profesados por todas las naciones americanas*” (vol. 4, p. 8, cursivas mías).

La declaración de adhesión a valores, no explicitados particularmente, resulta preocupante cuando el mismo prologuista aclara que el Centro fue creado en 1968, por ley del Congreso de Estados Unidos para que “sirviera como monumento vivo al vigésimo presidente norteamericano, un hombre a quien se recuerda por su idealismo, su erudición, su capacidad política y su visión internacional, pero también por sus actividades intervencionistas (...) con respecto a América Latina y el Caribe”.

Incluso parece lícito preguntarse si todos los participantes se sentirán representados en este prólogo “no neutral”.

Según Lowenthal, centrar la atención en el hemisferio occidental, facilitar la investigación comparada y contribuir a que los dirigentes políticos presten más atención a América Latina y el Caribe en su relación con Estados Unidos fueron los objetivos del proyecto. Éste estuvo regido por una dirección de análisis que “buscó respuestas provisionales a cuestiones fundamentales, en lugar de buscar respuestas definitivas a cuestiones triviales”.

Los volúmenes primero y segundo

—dedicados a los tratamientos de caso— son particularmente pesimistas en la perspectiva comparada con respecto al tránsito latinoamericano. Schmitter en “Una introducción a las transiciones desde la dominación autoritaria en la Europa meridional” sostiene que estos países, cuya “europicidad” fue antes cuestionada, han entrado —y puede esperarse que permanezcan— en los patrones del conflicto político característico de la Europa occidental como un todo. En contraste con los tratamientos latinoamericanos, y con excepción de Turquía marcada por un estatismo abrumador, se siente confiado en la permanencia de la estabilidad institucional, a pesar de la paradoja que significa el hecho de que los países euromeridionales han presentado una tendencia más continua y larga a los gobiernos autoritarios y el autoritarismo, como tal, ha obtenido una impronta más profunda sobre las estructuras sociales y económicas en las instituciones y los valores individuales y aspiraciones grupales, que las experiencias militares de América Latina.

El intento explicativo señala la presencia de sociedades civiles más elásticas y viables en el sur de Europa, en contraste con América Latina, que está limitada por alternativas más restringidas.

Reconoce que el peso de las influencias externas facilita un desenlace más promisorio en la Europa mediterránea. Aunque —aclara Schmitter— la perspectiva del grupo de trabajo “[...] fue la de que las transiciones desde el gobierno autoritario y las perspectivas inmediatas de la democracia política en gran medida debían explicarse en términos de cálculos y fuerzas nacionales”. (vol 1, p. 18), al tiempo que se restringe a los actores externos a un papel marginal e indirecto.

El análisis de Schmitter no omite las

categorías gramscianas de "bloque histórico" y quizá el lector familiarizado con el tema llegue a preguntarse si no se trata del "gramscianismo" que como dice Agustín Cueva, "en términos teóricos (abrió) las puertas para lo que a la postre sería la socialdemocratización del pensamiento sociológico latinoamericano".

Los casos latinoamericanos mencionados son introducidos por O'Donnell en el segundo volumen, bajo la caracterización de regímenes burocrático-autoritarios y subdivididos en una rígida tipología:

a) Los "tradicionales", con fuertes componentes patrimonialistas e incluso de sultanato, se manifiestan proclives a la transformación revolucionaria (Nicaragua, Cuba y Paraguay).

b) Los "populistas" al estilo Perú, donde el papel central fue desempeñado por las fuerzas armadas y se separó desde el inicio del liderazgo personalista. El bajo nivel de represión ejercido por las mismas, facilitó el entronque con los gobiernos civiles posteriores sin que mediara el temor a la revancha, al tiempo que las clases dominantes pidieron un retorno a la democracia política como reacción al carácter radical de las medidas implantadas por los populistas militares.

c) La compleja mezcla de rasgos "tradicionalistas" y "populistas" la representan Venezuela y Colombia, con la peculiaridad de ser los únicos casos latinoamericanos de democratización política cuidadosamente pactada, ya que, en el caso uruguayo, el pacto no fue puesto en práctica y según O'Donnell se convirtió en letra muerta desde la inauguración del gobierno de Sanguinetti (opinión que debería matizarse).

El caso brasileño, que fomentó grandes negociaciones entre las elites, se asemeja a las democracias pactadas y se

opone radicalmente a los fenómenos que se caracterizan en una cuarta tipología:

d) Las transiciones por "colapso", argentina y boliviana, países que, literalmente, se precipitaron en la democracia y que presentan serios riesgos de severas reversiones autoritarias.

México fue incluido en el proyecto, más allá de que evidencia pautas diferentes a todos los otros casos. Se le asemeja al gobierno burocrático-autoritario, aunque se señalan diferencias: alto grado de institucionalización, capacidad para enfrentar la sucesión presidencial y papel relativamente menor de las fuerzas armadas.

A partir de la afirmación de que la democracia política es deseable *per se* ya que no existe una vía revolucionaria abierta para América Latina pues, con la sola excepción de los regímenes patrimonialistas, "los intentos de transformación revolucionaria no sólo fracasaron en su totalidad, también han sido un factor poderoso que condujo a la emergencia de regímenes autoritarios", O'Donnell incursiona en la causalidad del autoritarismo.

Sin entrar a discutir el complejo problema de la viabilidad revolucionaria del continente en el periodo 1970-80 del presente siglo, la observación no se compadece ni resiste la confrontación con la realidad histórica y se inscribe en las polifacéticas corrientes que culpan a la izquierda latinoamericana de la debacle democrática en el continente. ¿Acaso incidió el foquismo en el golpe militar que en 1964 derrocó a Joao Goulart, o que aniquiló el gobierno constitucional de Salvador Allende? Sería interesante analizar a la luz de esta concepción el estado real de desarticulación en que se encontraba el movimiento tupamaro cuando las fuerzas armadas de Uruguay

quebraron la casi secular legalidad institucional de este país. Pero la tónica del intento explicativo de O'Donnell mantiene una constante: la fina sutileza se mezcla, a menudo, con la vacuidad.

El análisis recupera ritmo al retomar la tónica comparativa. Mientras el autoritarismo florece en las áreas marginales de Europa, en Latinoamérica es un fenómeno central, característico de países socialmente complejos y "modernos". A pesar de esta diferencia, las perspectivas políticas transicionales son más favorables en aquéllas que en éstos, ya que la idea de democracia política tiene un significado más ambiguo en América Latina, acostumbrada a un discurso autoritario.

Manifiesta un moderado optimismo con respecto a la recuperación democrática del continente a condición de que se establezca una institucionalización pluralista de la vida política, obviamente para implantar o reimplantar una democracia *per se*, la que ahora han aprendido a revalorar todas las fuerzas políticas y sociales atemorizadas por más de un decenio de represión sangrienta.

Al análisis de las perspectivas comparadas se accede a través de un valioso artículo de Whitehead que aborda los aspectos internacionales de la democratización.

No se detiene a valorar el peso específico de la variable externa en los procesos de militarización estatal, ya que cuestiona la validez de las teorías pre-existentes; no obstante, atribuye un papel decisivo a la dimensión geopolítica.

La recuperación democrática parece más probable en aquellos países dentro de la órbita de influencia europea, ya que los objetivos de Estados Unidos en materia de seguridad suelen entrar en conflicto con los fines democráticos, y a menudo tienden a echarlos por tierra. La

preocupación por la seguridad hemisférica determina que la promoción de la democracia siga ocupando un amplio campo en el arsenal retórico norteamericano, pero adquiere un sentido muy laxo en la caracterización de los regímenes, de acuerdo a las conveniencias de su política exterior.

En Estados Unidos no ha existido, además, un equivalente a la Internacional Socialista europea que manifestara la misma eficacia y sutileza. En tanto el Departamento de Estado tiende a equiparar la democracia con los procedimientos electorales formales sin tomar en cuenta el contexto sociopolítico que otorga sentido al proceso, la Internacional Socialista introduce un matiz al hacer hincapié en las libertades político-organizativas de las clases bajas.

Aunque reconoce el carácter "indivisible" de la democracia y el peligro que supone su ausencia en un país o grupo de países, duda de la solidez y autenticidad de las democracias "importadas", impuestas bajo criterios etnocentristas, y afirma el valor de las construidas desde adentro. Introduce la siguiente valoración, que nos parece la más lúcida de toda la obra: "(...) las democracias concretas son menos puras y autocríticas y más diversificadas, que lo que supone a veces la teoría" (vol. 3, p. 78). Quizá sea éste, a lo largo de los volúmenes de la obra, el único intento de aproximación a las democracias "reales" del siglo XX, tan "reales" como lo fueron sus socialismos.

O'Donnell y Schmitter asumen la difícil tarea de elaborar un cuarto volumen de conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas. Rescatan como enseñanzas de este trabajo interpretativo plural, tres convergencias logradas entre los participantes del Proyecto. La instauración y la consolidación de la democra-

cia política es un objetivo deseable *per se*, más allá de sus resultados y, obviamente, de sus contenidos; en todos los casos, el proceso está signado por la incertidumbre y el tránsito asume una triple dirección (consolidación democrática, reversión autoritaria o desenlace confuso con alternancia de regímenes); existieron enormes dificultades para establecer qué clases, sectores o instituciones adoptaron papeles y apoyaron alternativas determinadas, y entonces se hizo imposible aplicar la “metodología de la ciencia social normal” a estas situaciones de intenso cambio.

Así, surgió la necesidad de crear “conceptos políticos singulares” como respuesta científica a fenómenos signados por la provisionalidad, donde “fortuna” y “virtud” juegan un papel decisivo en el desenlace, ya que en estas circunstancias “anormales” el peso y la repercusión de las macroestructuras es difícil de definir.

El lenguaje de análisis creado por estos estudiosos de antecedentes heterogéneos dio por resultado la elaboración de categorías como transición, liberalización, democratización y la compleja interacción entre estos dos últimos conceptos (“dictablanda” o autocracia liberalizada y “democradura” o democracia política limitada), así como socialización como posible reemplazo de las categorías anteriores.

Otros términos intervienen en este proceso de análisis: “duros” y “blandos”, “minimalistas” *versus* “maximalistas”, pero lo cierto es que las conclusiones rápidamente se convierten en un repertorio maquiavélico (en el sentido puntual del término) que abunda en consejos a los deseosos de recuperar las democracias perdidas o de consolidar las reciente y vacilantemente restauradas. El tono emula realmente el utilizado

en *El Príncipe*: “cómo saldar las cuentas pasadas (sin desbaratar la transición presente)”; “cómo desactivar a los militares (sin desarmarlos necesariamente)”. Las respuestas son tan sencillas y “realistas” como las del propio Maquiavelo. Una política clemente les parece lo más viable, particularmente si ha transcurrido mucho tiempo desde que se cometieron los crímenes; en los casos recientes y frescos en la memoria del pueblo, el problema no puede ser ignorado porque la sociedad, al enterrar su pasado, subsumirá conjuntamente sus propios valores éticos, que necesita para su vida futura. La educación de las futuras generaciones de reclutas debe modificar su autoimagen mesiánica por la de un papel honroso en el logro de los objetivos nacionales. Por ejemplo, los cargos gerenciales ocuparán su tiempo y los familiarizarán con fuerzas civiles no golpistas. El corolario de la receta es: negociación pacífica basada en la liberalización inicial y en la introducción de institucionales de sufragio libre, todo ello apoyado en pactos que supuestamente tendrían que acompañar los distintos momentos de la transición (de acuerdo a la conceptualización gramsciana de momento militar, político y económico).

El tránsito a la democracia se convierte en una veloz y tumultuosa partida de ajedrez jugada en muchos tableros y con un número indefinido de jugadores iniciales que, según Schmitter y O'Donnell, se irán depurando a medida que avance la lid, que finalmente se decidirá entre los actores más confiables: los partidos políticos y las asociaciones de clase reconocidas.

Esta gigantesca partida tendrá reglas fijas:

1. No se puede dar jaque al rey; aunque es lícito obligar a entregar peones, no es posible durante la transición afec-

tar los derechos de propiedad de la burguesía.

2. Está prohibido cobrar la reina; no se puede, por lo tanto, afectar a las fuerzas armadas como cuerpo, ya que si se hace "... patearán el tablero y seguirán jugando solas".

3. La partida es desigual y no sólo la izquierda, sino las fuerzas democráticas, disponen de pocas piezas y dada la identidad de los jugadores y la disposición de las fuerzas, "parecería que la única opción realista para la izquierda es aceptar las restricciones (...) y confiar en que en el futuro se le presentarán, de algún modo, oportunidades más atractivas".

4. Habrá que motivar a los jugadores más peligrosos, aun con la triquiñuela de hacerles creer a los "blandos" que juegan con las blancas, es decir, que la iniciativa está en sus manos.

Estratégicamente los jugadores deben manejar las siguientes premisas: se juega sólo por piezas y espacios, no se trata de una batalla para eliminar opositores; no es necesario alcanzar un consenso previo sobre los valores democráticos, es posible obligar a los jugadores a aceptar las reglas durante la partida.

El destino del tránsito será incierto durante largo tiempo, aunque presentará variantes por casos. En sociedades "gelatinosas" se abrirá un espacio limitado que servirá únicamente para ratificar las desigualdades sociales y económicas preexistentes. Por el contrario, en aquellas en las que el sector popular pueda emerger unido y pujante, el tránsito será más rápido y existe la posibilidad de iniciar un movimiento hacia la socialización, a condición de que los "maximalistas" no desbaraten la partida con sus exigencias.

Para los autores de las conclusiones tentativas, la democracia política se genera en medio de un empate y disenso, más

que de consenso, en su definición: "Es el fruto de la interdependencia de intereses antagónicos y de la diversidad de ideales discordantes entre sí, en un contexto que alienta la interacción estratégica entre actores cautelosos y fatigados."

Para mantenernos dentro del marco del realismo maquiaveliano, quizá hubiera correspondido que el volumen cuatro llevara por título *Conclusiones inciertas sobre democracias tentativas de estilo neoliberal*.

Ana Buriano

Ronald H. McDonald y J. Mark Ruhl, *Party Politics and Elections in Latin America*, Westview Press, Boulder, Co., London, United States of America, 1989.

El interés por los temas electorales parece cobrar importancia en América Latina a raíz del desplazamiento que han sufrido los gobiernos militares dentro del espacio político continental. Después del predominio que en algunos lugares mantuvieron durante la década de los setenta, los representantes de las fuerzas armadas se han visto obligados a ceder terreno y, aun si en países como Argentina, Brasil, Chile y Uruguay da la impresión de que su poder continúa manifestándose tras bambalinas, en el transcurso de los años ochenta no les ha quedado más remedio que traspasar el control ejecutivo de los Estados a manos civiles.

Además de aquellos lugares en los que la institucionalización de la vida política ha contribuido a revalorar el papel de los procesos electorales y de los actores que participan en los mismos, los cambios que en otras partes se han originado alrededor de los resultados obtenidos en las urnas (radicales en Nica-